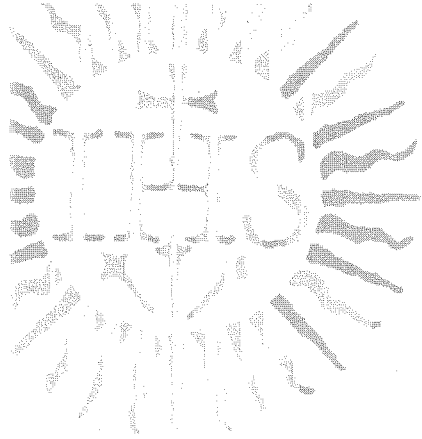


Abril - Junio 2008

80

**Instancias objetivadoras
de la espiritualidad ignaciana**



80

Colaboran en este número

Ignacio BONÉ

Profesor de Psicología. UP Comillas. Madrid

José GARCÍA DE CASTRO

Profesor de Teología Espiritual. UP Comillas. Madrid

Ignasi SALVAT

Profesor emérito de la Facultad de Teología de Cataluña.
Barcelona

Diego MOLINA

Profesor de Ecclesiología. Facultad de Teología. Granada

Julia VIOLERO

Prepara la Licencia en Espiritualidad Ignaciana.
P Gregoriana. Roma

Luis M.^a GARCÍA DOMÍNGUEZ

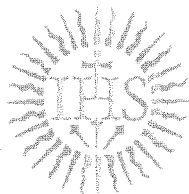
Psicólogo. Rector de Juniores jesuitas. Salamanca

MANRESA

REVISTA DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Sumario

Ignacio BONÉ, S.J.: Vulnerables y hospitalarios. Espiritualidad ignaciana y alteridad	109
José GARCÍA DE CASTRO, S.J.: La estructura interna del discernimiento	125
Ignasi SALVAT, S.J.: “Ayudar a las ánimas”. La misión, horizonte objetivador de la espiritualidad ignaciana ..	141
Diego MOLINA, S.J.: “Y que militen dentro de nuestra santa madre la Iglesia...” El papel de la Iglesia en el proceso espiritual del sujeto ignaciano	153
* * *	
Julia VIOLERO, r.p.: La conversación espiritual, un medio para el diálogo inmediato con Dios	169
Luis M. ^a GARCÍA DOMÍNGUEZ, S.J.: Cómo hacer la entrevista de Ejercicios	183
Recensiones y Libros recibidos	197



Director: José A. García, S.I.

Redactor Jefe: Pascual Cebollada, S.I.

Secretario: Carlos Coupeau, S.I.

Consejo de Redacción: Antonio T. Guillén, S.I.; Javier Melloni, S.I.; Diego M. Molina, S.I.; Luis M.^a García Domínguez, S.I.; M.^a Luz de la Hormaza, ACI.

Redacción: (Artículos. Reseñas. Notas bibliográficas). **Centro Loyola.** Pablo Aranda, 3. 28006 Madrid. Teléf.: 91 562 49 30 - Fax: 91 563 40 73.
www.monomedia.biz/jesuitas/pages/compaF1EDa-de-jesFAs/publicaciones/manresa.php
e.mail: manresarev@jesuitas.es.

Diseño de cubierta: Belén Recio Godoy.

Precios de suscripción para 2008

España:	29	€
Europa	48	€
USA / Canadá	58	€
América Latina	55	€
Asia / Oceanía	66	€

En las tarifas al extranjero se incluye el transporte aéreo, por medio de un servicio especial de reparto, con garantía de entrega y en tiempo reducido.

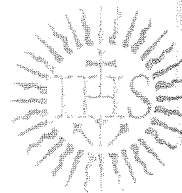
MANRESA tratará durante 2008 los siguientes temas:

Enero-marzo:	El sujeto de los EE. Antropología subyacente.
Abril-junio:	Instancias objetivadoras de la espiritualidad ignaciana.
Julio-septiembre:	Para mejor aprovechar: elementos previos a los EE.
Octubre-diciembre:	Congregación General 35 de la Compañía de Jesús

Depósito Legal: M-1.436-1958
I.S.S.N.: 0214-2457

TPG - La Granja, 45
28100 Alcobendas (Madrid)

Dirección - Redacción - Administración



La estructura interna del discernimiento

José García de Castro

1. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro (*Sal 26, 8.9*)

Dios nos creó con una penúltima vocación de nostalgia que mantiene viva en nosotros nuestra condición de peregrinos. Por esta nostalgia nos reconocemos abiertos en lo profundo del corazón. En parte heridos. Esta apertura es memoria de alteridad; eco continuo de que la vida se prolonga más allá del vivir que ahora percibimos; la nostalgia cierta de “no sé qué” hacia donde tendemos eterna y asintótica-mente. “Dios creó al hombre para la inmortalidad” (Sab 2, 23).

Para poder vivir con sentido, con sana y razonable continuidad, el ser humano necesita una “Convicción Primordial”, fuente de criterio y valoración para el sinfín de convicciones cotidianas que se ofrecen¹; “menos tu vientre todo es confuso”, confesó el poeta Miguel Hernández; ahí, en esta experiencia de radical alteridad, sentía y conocía que “la vida no era un sueño”, un “escenario de vivires” parafraseando a Calderón, o un juego de roll podríamos decir hoy. A su manera, el científico, el filósofo, el poeta, el teólogo y el místico exploran cauces para reconducir este “instinto básico” en el ser del hombre: “he de ser... y ser verdad”².

El amor que me concierne y vincula, incluso el más profundo al ser más cercano, abre, es verdad, una ventana a esta nostalgia de trascendencia, pero no alcanza a colmar esta herida del ser; la herida no es de este mundo. Aunque todo se me dé alcanzado por alguna de sus “mil gra-

¹ Ya desde Aristóteles, la búsqueda de la “certeza primordial” (un sintético recorrido histórico en GARCÍA BARÓ, M., *Vida y mundo. La práctica de la fenomenología*, Trotta, Madrid 1999, 303-ss).

² Al final de la película “The Oxford Murders” el prestigioso profesor de Lógica Arthur Seldom mantiene una conversación con el joven estudiante Martin, inteligente, pero ingenuo. El Museo de las falsificaciones de Londres es el contexto para la última de sus interesantes conversaciones. Allí dentro, tratando de llegar a la verdad última sobre la trama de los crímenes Arthur afirma: “éste es el lugar que contiene más verdad de todo el planeta: aquí, todo es falso, todo es mentira. Más allá de esa puerta [refiriéndose a la salida] no sabemos nada, todo es una incógnita”.

cias” derramadas con presura, sigue emergiendo de formas muy distintas la queja del místico de Fontiveros: “¿ay, quién podrá sanarme?”.

Por eso, porque la creación está bien hecha, Dios ha de ser Accesible. Pensar a Dios como un “Ahí” estructural y absolutamente fuera de mí, es “pecado”, una manera devota de negarlo, y de intentar construir parcelas profanas del mundo dentro del ámbito divino de la Creación. Sólo en Él nos movemos y existimos. Si fuera posible pensarse “sin Dios”, daría lo mismo que existiera. En Jesús, Dios se vertió absoluta, estructural e incondicionalmente al hombre y a su mundo. “Alcanzable” es ya un apelativo propio e irrenunciable de Dios. En la Encarnación Dios se formalizó a medida del hombre. Sólo Dios es plenitud del destino de cada uno de nuestros instantes. Vivir religiosamente es cristianizar sin cesar nuestra nostalgia.

Cuando sin saber por qué en alguna ocasión parece que somos puestos en un sentido último, en una nueva comprensión integral u holística del mundo en la que todo, yo también, entra en un abisal silencio, reconocemos ahí de manera espontánea, no pretendida, una necesidad reverente de trascendernos. Vivir es el primer milagro³ y yo formo parte de él: es nuestra primera e inmediata verdad.

Tender laboriosa y responsablemente hacia esa condición primordial del ser humano, “¿Qué buscáis?” (Jn 1, 38), es lo que llamamos *discernir*. En tanto que seres nostálgicos, buscar a Dios es una costumbre del sujeto religioso que nos configura y acontece primeramente en nosotros mismos...: pero ¿cómo se organiza esta búsqueda interna?

2. “Allá por las majadas al otero”⁴. La estructura de la interioridad

Unas *reglas*⁵ sólo tienen sentido dentro de una realidad lógica y racional, en este caso la propia interioridad. Dios se somete a esta estructura y esta lógica, como manera de expresarnos su absoluta fidelidad. No se agota en ellas pero es y está en ellas. Es posible y probable para el suje-

³ “Lo místico no consiste en *cómo* es el mundo sino en *que sea*” (WITTGENSTEIN, L., *Tractatus logicus philosophicus* (Valdés Villanueva, L. M., ed.), Tecnos, Madrid 2007, 273 [6.44]. “El prójimo, los amigos, las ceremonias religiosas, la belleza del mundo no pasan a ser irreales tras el contacto directo del alma con Dios, al contrario entonces es cuando se hacen reales esas cosas que antes eran medio sueño” (Simone WEIL, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993).

⁴ San JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, lira 2, verso 2.

⁵ “Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan, las buenas para recibir y las malas para lanzar” [EE 313], Ignacio de Loyola redactó 22 reglas, 14 “más propias para la primera semana” y 8 que “conducen más para la segunda semana”

to alcanzar a Dios en la lógica de la propia interioridad. A través del método y la estructura Dios se da en la medida en que el ser humano *puede* comprenderlo, aunque dicha comprensión carezca de una simultánea expresión lingüística. Dios accede a nosotros a través de la cualidad objetualizable del mundo, el mundo hecho pensamiento. Dios accesible de manera sostenida y fiel a través de las estructuras cotidianas del ser humano⁶. Grandes y muchos místicos y místicas de todo tiempo expresaron y redujeron la experiencia de Dios en ellos, su itinerario de gracia, a una estructura simbólica, poética, narrativa o retórica: Ejercicios, Ejercitatorios, Vías, Itinerarios, Subidas, Moradas, Escalas, Escaleras, Grados, Caminos, Atajos... Son las “estructuras de la Gracia”.

*Es posible y probable
para el hombre
alcanzar a Dios en la
lógica de la propia
interioridad*

Si podemos hablar de interioridad estructurada podemos reconocer interioridades semejantes, por eso Dios trabaja con lógica similar en todo ser humano. Todos nos parecemos en los elementos formales de la estructura de nuestra interioridad, por eso fue posible para Ignacio, redactar unas reglas. Dios se deja alcanzar en la interioridad de todo ser humano de manera parecida. Junto a un componente irrenunciable de intimidad, la interioridad tiene un cierto carácter público y por eso puede ser comunicada con lenguaje comprensible. Las reglas son un intento, una propuesta de ello. Así, mi propia experiencia de alteridad en mí mismo no puede ser muy distinta del sentir y del deseo religiosos y milenarios de la comunidad. Discernimos y buscamos en la experiencia recibida, en la interioridad figurada de la Iglesia, aunque cada época precise de nuevos lenguajes para ir accediendo a los mismos significados⁸. La interioridad es, en cierta medida, una interna intersubjetividad.

3. “El hombre ¿cómo puede discernir su camino?” (Prov 20, 24). La vida entre pensares y sentires.

Desde su primera experiencia de alternancia de mociones en Loyola

⁶ Tal como se indica en [EE 235]: “Dios habita [...] en mí dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender; así mismo haciendo templo de mí”. “El Espíritu de Dios habita en vosotros” (Rm 8, 8).

⁷ Rápido recorrido histórico en GARCÍA DE CASTRO, J., “Interioridad, Experiencia, Teología”, *Contexto y nueva Evangelización*, (Uríbarri, G., ed.), Universidad P. Comillas, Madrid 2007, 123-158 (esp. 136-139, “Maestros y Maestras de Geometría Mística”).

⁸ Remito al artículo de D. M. MOLINA MOLINA en este mismo número de *Manresa*.

[Au 5-8]⁹ Ignacio fue interpretando la interioridad como “lugar teológico”, lugar complejo y agitado. Reconoció que una parte de la interioridad estaba en sus manos, bajo *su* control, donde reconoció que trabaja y se mueve el “yo inmanente”, dueño de *su* pensar y de su decidir fácilmente identificable con ese “pensamiento”¹⁰ que nace “de mi mera libertad y querer” [EE 32]¹¹. Este “yo” construye pensamiento (esto es, “proposiciones con sentido”¹²), genera imaginación y fantasía deliberadamente; puede pedir a la memoria que actualice tales o cuales recuerdos; vibra y siente con las emociones, no las provoca ni las causa, pero las advierte y se vierte en ellas; le afectan.

Pero además de este yo inmediato o inmanente, también fue Ignacio descubriendo en su interioridad otros dos sujetos¹³ que actúan por las mismas estructuras y cauces, pero no siempre son advertidos¹⁴ ni queridos por el yo inmanente; están y trabajan en mí, pero no dispongo de ellos, es más, en ocasiones, ellos disponen de mí¹⁵. Aunque nunca pueden decidir por mí, de hecho influyen y condicionan mi decisión. Uno de estos sujetos me facilita el acceso a Dios [EE 315³], otro me lo dificulta e impide [315²].

Los tres sujetos trabajan con objetualidades. Llamo “objetualidades” a las construcciones mentales del mundo que acontecen en la interioridad, por lo general a modo de discurso imaginativo o proposicional; el “discurrir de los pensamientos” [EE 333] o lo que se me ofrece de fuera “haciendo imaginar” [EE 314]. Estas construcciones sólo pueden for-

⁹ Au: Autobiografía de San Ignacio de Loyola; EE: Ejercicios Espirituales; Co: Constituciones, todo ello en San IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, Madrid, BAC 1991.

¹⁰ El pensamiento en Ignacio es más patristico-monástico que cartesiano. Se percibe como energía, *dynamis*; es más amplio y existencial que la sucesión lógica de conceptos que forman proposiciones y alcanzan conclusiones “fuera de mí”. El pensamiento en Ignacio (*logismo*) concierne inmediatamente al sujeto; versa sobre mí y me reclama; puede ser de componente fantástico o imaginativo y encierra energía suficiente para despertar afectos y orientar deseos (Cf. RUPNIK, M. I., voz “Pensamientos” en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II* [G.E.I., ed.], Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007, 1440-1445).

¹¹ En la *Autobiografía* el pensar de este “yo inmanente” se identifica con la expresión “consigo”: “razonando consigo”; “decir consigo” [Au 7]; “pensando muchas veces sobre esto, decía consigo” [Au 55]... Ignacio en tanto que sujeto libre y autónomo de su pensar.

¹² WITTGENSTEIN, *Tractatus* [4], cit. 145.

¹³ “otros dos [pensamientos] que vienen de fuera; el uno del buen espíritu, el otro del malo” [EE 32]. Tornos se refiere a lo “anacrónico de la terminología que atribuye a espíritus” y resuelve formulando: “no todo el pensar que pensamos es propiamente nuestro pensar” en “Discernimiento y autocrítica”, *Ciudad de los hombres, Ciudad de Dios. Homenaje a Alfonso Álvarez Bolado* (Quinzá, X. / Alemany, J.J., eds.). UPComillas, Madrid 1999, 373-395, 378.

¹⁴ “estaba luego embebido en pensar dos, tres y cuatro horas sin sentirlo” [Au 6].

¹⁵ “le vino un pensamiento recio” [Au 20]; “no lo podía acabar consigo [los escrúpulos]” [Au 22]; “no podía vencer el tal pensamiento” [Au 32]. Más claro en [EE 74]: “no dando lugar a unos pensamientos ni a otros” y [EE 33-35]: resistir contra los “pensamientos que vienen de fuera”, no queridos.

marse a partir de historias y con elementos de “mi mundo”, el conocido por mis sentidos, lecturas, referencias externas, deseos, memoria y con todo ello formar discursos figurados del mundo. Las cosas en mi interioridad no son las cosas *tales*, sino en tanto que objeto de mi apropiación, objetualizadas, hechas *figuras*. Las figuras son, por tanto, las cosas del mundo en mi interioridad con la carga de valor, juicio, prejuicio, intención, deseo... que adquieren una vez que dejan el mundo para pasar a ser parte de mi interioridad: el mundo de las cosas “a mi imagen”. Cada persona “figura” las cosas a su manera, por eso las mismas cosas adquieren significados y valores tan diferentes para distintas personas. Las figuras se relacionan en mi interior a imagen de lo que acontece en el mundo, discursivamente, y forman *discursos figurados* del mundo, provocadores de repercusiones afectivas: “seco y descontento [...] contento y alegre” [Au 8].

Toda apropiación será siempre e irremediabilmente “mi apropiación” y, por tanto, sólo puede ofrecerme un conocimiento y una interpretación parciales de las cosas. El mundo en mí adquiere un sentido, significado y orientación nuevas, las que mi “yo inmanente” le otorga o le niega, queriendo o sin querer. El mundo sólo es en tanto que “mundo para mí”, por eso a veces percibido como voluble y variable.

Discernir *ha de* partir de la humilde aceptación de este límite del sujeto, que sólo alcanza a conocer e interpretar la condición figurada del mundo que se le da a través de “pensares y sentires”, ya sean los propios buscados y pretendidos o los que se le ofrecen incesantemente sin buscarlos ni pretenderlos. No tener claro este límite hermenéutico o negarse a integrarlo como eje del discernir bloquea de raíz todo posible ejercicio de discernimiento, aunque el sujeto pueda seguir pensando que “busca y persigue la voluntad de Dios”. El sujeto que crea acríticamente que su figuración del mundo es criterio definitivo / exclusivo para decidir y actuar en la historia no es sujeto religioso cristiano.

El mundo sólo es en tanto que “mundo para mí”; por eso es percibido a veces como voluble y variable

4. Donde faltan los ojos, falta la luz (Eclo 3, 25). El Yo trascendental

Además de estos tres sujetos [EE 32], la interioridad cuenta con una cuarta dimensión, un “Yo trascendental o metafísico”¹⁶, instancia meta-

¹⁶ Lo escribiré con mayúscula para diferenciarlo del “yo inmanente”.

cognitiva, espectador atento y vigilante que observa los procesos, devenires y relaciones de los otros tres, verdadero protagonista de todo proceso de búsqueda y discernimiento. Gracias a él, el sujeto tiene la facultad de ir autoposeyéndose, de poder pensar sus pensares, criticarlos e, incluso, interpretarlos como experiencia religiosa. No hay discernimiento sin el trabajo del Yo Trascendental. Aprender a discernir es favorecer en el sujeto la espontánea relación con las estructuras formales de su interioridad y con los discursos figurados que en ella se suceden a veces de manera súbita y sin lógica aparente [Au 6-8.15.24.25-32...]. “Discernir el camino es pericia del sagaz” (Prov 14, 8). ¿Quién y cómo es este Yo trascendental?

4.1 *Yo activo*: conoce la morfología de la interioridad, esto es, los cauces posibles (entendimiento, voluntad, memoria, fantasía, imaginación) por los que acontecen los discursos figurativos que provocan mociones; *advierte* del hecho irrenunciable de que en este momento el mundo está pasando por mí figurativamente: “estoy teniendo un pensamiento”¹⁷; reconoce y *actualiza* en la consciencia las construcciones figuradas del mundo (los contenidos discursivos de los pensares, los “qué”); *observa* la relación que las figuras del mundo en su discurrir van estableciendo primero con el sentir del sujeto y con el irremediable despertar de los deseos después, pues todo deseo sólo puede darse una vez que el sujeto ha figurado de alguna manera el objeto al cual tiende dicho deseo. El Yo trascendental trabaja con todas estas tramas mocionales¹⁸ y, porque no pertenece a ninguna, puede observar y conocer la lógica interna de su proceder.

4.2 *Yo retirado*. El Yo trascendental se mantiene *retirado* de las criaturas, incluso de la consolación y desolación¹⁹. Todo menos el mismo

¹⁷ La advertencia es el plus del acto cognoscitivo. Sin ella los pensamientos, paradójicamente, pueden pasar “a sus anchas” desapercibidos por la consciencia.

¹⁸ Una trama mocional es el *proceso* interno (cognitivo y afectivo) que va configurando una toma de decisión. Es más amplio e integrador que “moción”, por lo general referida a un movimiento interno, concreto y localizable en un tiempo. La trama mocional consta de cinco momentos: (1) un discurso figurado (pensamiento o idea acerca del “mundo para mí”) que despierta el afecto (2), provoca el deseo (3), alienta el propósito o determinación (4) y desemboca en la decisión (5). Un análisis detenido de la lógica de las tramas mocionales en el proceso de Iñigo de Loyola en GARCÍA DE CASTRO, J., “El proceso de simplificación de Ignacio”, en *El Dios Emergente*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2001, 220-240.

¹⁹ Caso aparte es la conocida como “Consolación sin causa precedente” [EE 3161.330.336] que no acontece a través de discursos figurados y afecta directamente al Yo trascendental; alcanzado por ella, tiene el poder de reestructurar toda la interioridad desde el código del amor.

Dios es criatura. Sólo por estar retirado de todo puede comprenderlo todo. Si algunas tramas mocionales no acaban de ser interpretadas puede deberse a que el Yo trascendental no acaba de retirarse suficientemente de sí mismo. Reconocidas la consolación o desolación se mantiene vigilante para despertar y animar los pensamientos y actitudes a los que animan las reglas [EE 318-321. 323-324 y 332-334 y 336]. Sabe que lo que construye al sujeto religioso es el Dios de la consolación y no tanto la consolación de Dios, también pasajera [EE 323] y en potencia, tan atractiva como distractiva [EE 333²].

4.3 *Yo atento*. Este Yo trascendental es pura *atención*. El “yo inmanente” es voluble, sujeto a distracción y con frecuencia puede verse implicado en las dinámicas de consolación, desolación, “en agitaciones y tentaciones” [EE 320], en “razones aparentes, sotilezas y asiduas falacias” [EE 329], en “engaños cubiertos y perversas intenciones” [EE 332] o en “propósitos y pareceres no dados inmediatamente de Dios nuestro Señor” [EE 336] sin que él mismo lo advierta. La primera y principal intención de los discursos figurados falsos²⁰ se orienta pertinazmente a desvincular al sujeto de su Yo trascendental, por su capacidad de discernir los mismos procesos de discernimiento. Sin él somos ignacianamente impíos, “paja que arrebatara el viento” (Sal 1, 4) [cf. Au 21]²¹.

4.4 *Yo advertidor*. El Yo trascendental es la instancia de la *advertencia* que implica, antes que nada, distancia de las construcciones figuradas del mundo. Este Yo no interviene en ese discurrir de los pensamientos, sólo lo actualiza al acto de consciencia de tal forma que se constituya en contenido consciente para el sujeto. Si el Yo trascendental no está atento a actualizar en la consciencia (advertir) estas construcciones figuradas que se imponen, muy probablemente tampoco va a ser consciente del sentir que se despierta ni del deseo consecuente que se va lentamente configurando. Todo intenso sentir viene precedido de un intenso, y probablemente constante, discurso figurativo; no haberlo advertido, provoca que el sujeto se vea implicado en decisiones que no acaba de asu-

²⁰ Verdad / falsedad, más que términos morales, son para nosotros términos religiosos; verdadero es aquello que despliega en nosotros la semejanza, lo que nos cristifica; falso es aquello que nos separa [EE 3173] de nuestra condición de Hijos.

²¹ “Si el monje no pone todo su empeño para alcanzarla [la discreción] y discernir con su ayuda los espíritus que penetran por la puerta de su alma, se seguirá una consecuencia fatal: como un hombre que camina a tientas en una noche cerrada...” J. CASIANO, “Colación II. Sobre la discreción”, *Colaciones*, Rialp, Madrid 1998, 87.

mir o en proyectos y realidades del mundo que “no son para mí”: “no era esta la torre que tenía que construir”²².

4.5. *Yo observador*. El Yo trascendental pasa mucho tiempo observando las *relaciones* de los componentes de la interioridad, entre las cuales están las seis siguientes:

Relación 1. *De los discursos con los “previos” del sujeto*. Los discursos figurados del mundo que discurren por la interioridad están en

Un discurso figurado es acogido por el sujeto desde un entramado apriorístico que lo interpreta

estrecha relación con todo el mundo pre-concebido del sujeto. Un discurso figurado es acogido por el sujeto desde un entramado apriorístico –cognitivo, emotivo, valorativo– que lo interpreta. La antipatía hacia un determinado objeto, ya sea persona, ya sea tarea, circunstancia..., condiciona la apropiación que el sujeto se hace de él e informa el discurrir de su pensar y figurar sobre él. Es responsabilidad del Yo trascendental vigilar que la

aproximación y valoración de un discurso figurado sobre un objeto anti-pático “para mí” no sea interpretado desde un sentir condicionado por dicha antipatía, que podría llevarme a tomar decisiones siempre “negativas” en relación a dicho objeto. Dios puede comunicarse a través de antipatías y repugnancias.

Discernir tal comunicación sólo será posible para un sujeto cuyo “Yo trascendental” haya sido capaz de liberar a la figura del prejuicio afectivo²³ (Yo retirado); no se trata de luchar denodadamente contra los afectos, como con frecuencia pensamos erróneamente, sino de percibir la figura *como tal* al margen del sentir (el que sea) que hacia ella tiene el yo inmanente. La indiferencia es una advertencia para el Yo trascendental, no para el inmanente, pues el Yo trascendental se relaciona con relaciones mientras que el inmanente con afectos y figuras²⁴. La indiferencia

²² Cf. Fórmula del Instituto [4], *Obras de San Ignacio*, BAC, Madrid 1991, 457 (Lc 14, 27-30); por su parte, “Decisión apoyada en consejo ponderado no temerá en el peligro” (Eclo 22, 16).

²³ Lo mismo podemos decir, claro está, de los discursos figurados sobre elementos *simpáticos* para el sujeto. Puede ser causa de error el permitir acríticamente que la simpatía condicione el discurso figurado favoreciendo el despertar de sentires a su vez también simpáticos que pueden llevar a deseos y decisiones “no dados inmediatamente de Dios nuestro Señor” [EE 336].

²⁴ El Yo trascendental ha de permanecer atento y escuchar la respuesta espontánea del yo inmanente ante el tiempo por vivir (vida larga / vida corta), ante la cualidad del vivir (salud / enfermedad) y ante las condiciones de mi vivir (riqueza / pobreza).

es el pórtico purificador, al menos al nivel proposicional, de los discursos figurados. Por ella, el sujeto aparece ante la verdad de sí mismo y ante el mundo siempre en clave de penúltimidad: intereses, gustos, tendencias, afecciones, juicios, valores, deseos nunca tienen la última palabra ante la decisión y permanecen siempre dispuestos a aceptar aquello que sea en mayor servicio de su divina Majestad.

Relación 2. *De los discursos figurados con la interioridad en la que acontecen.* Una vez acogido, un discurso figurado habita y despliega su energía en una interioridad con la que se relaciona. El Yo observa y vigila diligentemente la interacción que se da sin remedio entre los discursos figurados de “mi mundo” y la interioridad que los recibe [EE 314-315.335]. El Yo sabe que estos discursos adoptarán una u otra forma y desplegarán su energía en función de cuál sea la orientación fundamental del sujeto con respecto a Jesús y los valores del Reino. Tal disposición es la que otorga significado a las mociones particulares y tramas mocionales; en algunos casos pueden, incluso, ver anulado su carácter sígnico²⁵. El Yo tiene la responsabilidad de permanecer atento a la relación dinámica que establecen irremediamente los signos-mociones entre sí, así como a la relación que se establece entre los signos y el contexto de significado sobre el que aparecen (interioridad) [EE 349].

Todo discurso figurado del mundo orientado hacia una decisión en Cristo es intencional, nunca ingenuo y su relación con la interioridad es siempre en alguna medida, incisiva, perlocutiva. Por su parte, toda interioridad está fundamentalmente orientada [EE 314-315] y condiciona el contenido y la orientación del discurso figurado desde el momento mismo de su recepción. Los discursos pueden adaptarse en un primer momento a la disposición de la interioridad [EE 335] pero tienen fuerza suficiente para ir trabajando y figurizando dicha interioridad según el contenido de los propios discursos. Esta interacción lenta e incesante (“poco a poco” [EE 334]) posibilita entre otras cosas, la conversión del yo inmanente (¡atención!) en cualquiera de los sentidos. El deseo es frágil y fácilmente manipulable por los discursos [EE 332-334] y puede ir reorientándose en función de la cualidad de los sentires que lo alimentan. La interioridad es realidad abierta y siempre disponible a la energía de los discursos figurados. Siempre influenciado y por trabajar, la

²⁵ Un trazo verde sobre un lienzo verde pierde valor significativo, sólo suma más verde al total del lienzo. Un trazo rojo sobre un lienzo verde adquiere doble valor significativo: por sí mismo y por el contraste que ofrece al fondo monocolor. Lo mismo ocurre con las mociones (trazos) con respecto a la interioridad (lienzo).

interioridad ha de ser constante objeto de atención y cuidado por parte del Yo trascendental.

Relación 3. *Del Yo trascendental con el propio yo figurado*. En la trama argumental de todo discurso figurado el propio sujeto se hace presente (figura) como un elemento apropiado más del discurso, como si presente se hallase [EE 114]. El Yo trascendental no debe identificarse *nunca* con el yo figurado, pues de hacerlo perdería su estatus de instancia última crítica y se desvanecería el discernimiento. Esta identificación es error propio del principiante²⁶, quien todavía no ha caído en la cuenta del poder energético de los pensamientos en su propia vida²⁷. Hace las cosas sin pensar los pensares, convencido erróneamente de que él es su “yo figurado”, el sujeto provocador y causante de pensamiento. La conclusión, piensa el necio, es que aquello que *yo* voy a hacer es bueno porque procede de *mi* buen pensar. El principiante no sabe que no se conoce, y por eso tiene sobre sí mismo un juicio y una valoración todavía erróneos y con frecuencia desmesurados: “el ingenuo se lo cree todo” (Prov 14, 15)²⁸.

Relación 4. *Del discurso figurado con el sentir que provoca*. Observada la entrada de los discursos en la interioridad, su relación con los “a prioris” del sujeto, con la figuración del propio yo inmanente y con la interioridad en la que se despliega, es ahora responsabilidad del Yo trascendental trabajar (analizar, criticar, ponderar, valorar, juzgar y nominar) sobre la cualidad del sentir que despierta y, en su caso, observar la orientación del deseo hacia el que tiende. Una construcción figurada del mundo siempre incide en un sentir. Por el sentir sé que el discurso me concierne, que trata sobre algo de mí, y que sin ser propiamente yo, es algo muy mío²⁹. Por extraño que pueda parecernos “yo” tampoco soy ni mis sentires ni mis deseos hasta que éstos no se me revelen como posibilidad para el despliegue de mi semejanza. Hay sentires (afectos despertados por construcciones figuradas del mundo) y deseos (tendencias

²⁶ Principiante no se refiere al tiempo cronológico sino al tiempo criticado: “canas del hombre son prudencia” (Sab 4, 9).

²⁷ “¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en un hoyo?” (Lc 6, 39).

²⁸ Así Ignacio: El yo inmanente recibía su identidad del éxito en el mundo de sus discursos figurados, de sus apropiaciones, adquiriendo así una falsa e inconsciente identidad [Au 7] de la que no le fue fácil desprenderse.

²⁹ En esto difieren el místico y el lógico / filósofo. Éste sólo considera el pensamiento de su “libertad y querer” originado y desarrollado por él al margen de sí mismo. Su pensamiento siendo muy suyo, incluso creado por él, no le concierne, no le afecta.

teleologizadas hacia parcelas del mundo que me reclaman como “buenas para mí”) que no son mías y mucho menos yo. Mantener consciente al menos proposicionalmente esta distancia, o sea, advertir la indiferencia, es tarea del Yo trascendental; no se niega el sentir, se pide trascenderlo.

Cuando el yo inmanente no conoce la verdadera cualidad del sentir que ha despertado un deseo, suele aparecer un discurso de devotas y coherentes proposiciones lógicas que alimentan tal deseo y son causa de delectación (no de consolación). En esta situación ni tal discurso proposicional ni el sentir ignoto que subyace (afección desordenada) son verdaderos; se animan mutuamente, distraen al yo inmanente implicándolo en el proceso figurativo y conducen hacia decisiones falsas [EE 332], o sea, las que me distancian de mi Señor e impiden el despliegue de la humildad. En esta situación la responsabilidad del Yo trascendental, aunque la causa todavía permanezca oculta, consiste en captar el devenir de la afectividad y constatar su incoherencia con el discurso (razones aparentes) que mantiene; ha de mantener abierta la pregunta sobre la veracidad del proceso y recordar aquello de Sabiduría: “Los razonamientos retorcidos alejan de Dios y su poder, sometido a prueba, pone en evidencia a los necios” (Sab 1, 3).

Relación 5: *Del discurso figurado con su identidad*: “los buenos para recibir y los malos para lanzar” [EE 313]. El Yo trascendental reconoce los pensamientos como objetualidades presentes en mí, pero no míos y mucho menos nunca “yo”. Creer que él es sus objetualidades, que las causa, las quiere y desea es frecuente error del principiante y fuente de confusión y de impedimento formal para un discernimiento adecuado. El Yo trascendental vela para considerar y valorar la función y finalidad del discurso figurado que se le impone en la interioridad: ¿por qué éstos? ¿por qué ahora? ¿por qué así?

Un sentir falso acompaña tramas mocionales falsas en las que el yo figurado al final es exaltado³⁰ y “pretende lo que le sobrepasa” (Eclo 3, 21); desaparece al terminar la trama que actúa como estímulo y genera una situación de vacío e inquietud. A este tipo de falso sentir Ignacio lo llamó “deleite o deleitación” [Au 8.19]. Por su parte, un sentir verdadero acompaña tramas mocionales verdaderas en las que el yo figurado busca servir a su Señor y camina hacia la humildad; este sentir no ter-

³⁰ “imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora” [Au 6]; “proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales, cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra” [Au 7].

mina con el fin de la “trama – estímulo” y permanece, acabada ésta, alentando al sujeto con la paz y la quietud. A este sentir Ignacio lo llamó *consolación* [Au 8.10.11.14.20.28.33].

*Un sentir verdadero
acompaña tramas
mocionales verdaderas
en las que el yo
figurado busca servir a
su Señor...*

El deleite (falso sentir) que acompaña *simultáneamente* todo discurso figurado falso es el recurso propio de este discurso para provocar esta peligrosa aproximación. El yo inmanente se siente bien dejándose llevar por tales discursos. El discurso figurado falso necesita hacerse a los comienzos muy presente para prolongar (“conservar y aumentar” [EE 314]) un deleite que vaya elaborando acriticamente una convicción; sabe que al desaparecer, desaparece el falso sentir y emerge el verdadero,

tristeza, inquietud y sequedad que podría despertar la reacción lúcida del sujeto hacia un rechazo del discurso figurado [Au 8]. Éste es otro de los empeños del discurso figurado falso: provocar el deleite asumiendo pertinazmente al yo inmanente en alguna de sus figuraciones, hasta que éste, generalmente de modo acrítico, oriente su libertad hacia decisiones no iluminadas, esto es, indiscretas. El yo inmanente llega así a creerse la trama mocional que le venía de fuera y a asumirla erróneamente como propia o “como del buen espíritu o de Dios”. El Yo trascendental ha de velar para identificar cuanto antes las relaciones entre discursos falsos y falsos sentires y, en todo caso, impedir que desemboquen en falsas convicciones, fuentes de peligrosas obstinaciones. Discernir consiste ahora en llegar antes que el discurso figurado a su propio final.

Para otorgar identidad a los discursos figurados hace falta una experiencia “princeps” en la cual toda otra adquiera valor. Es la *consolación*. Goza de tal estatus por dos razones: primero por su carácter estructurador de la psiqué y del afecto del ser humano: esta experiencia comienza a reorganizar la vida en alegría verdadera y este nuevo orden revela su verdad en el sentir definitivo que produce. En segundo lugar por el nuevo modo de mirar, interpretar y sentir el mundo que se le ofrece: todo ser y acontecer en el mundo se torna figura amable en su Criador y Señor [EE 316¹].

Con todo, si el significado e identidad de los procesos figurados no acaba de quedar claro para el Yo trascendental han de reflejarse en la persona de Jesús pobre, humilde y humillado y una vez ahí observar *simplemente* la cualidad del sentir que se despierta. Discernir es ahora reconocerse y ser asumido en Su humildad. El Señor atrae hacia Sí desde el lugar más humilde, mejor, desde la Humildad, la Cruz. Ante Jesús “puesto en Cruz” [EE 53] todas las cosas (también los discursos figurados)

reciben nueva identidad. Toda buena moción encierra un componente crístico que antes o después habrá de afectar a la cualidad de la humildad [98³.146.167]; de no ser así, la trama mocional era maliciosa y falsa, aunque fuese aparentemente bella y devota, psicosomáticamente gratificante, o retóricamente teológica. El discurso figurado falso no hace lo que dice [EE 332-334], incluso puede construir de hecho en el sujeto lo contrario de lo que le está proponiendo proposicionalmente³¹.

El Yo trascendental ha de permanecer vigilante para no dar por terminado el proceso de *decisión* hasta haber alcanzado una convicción suficiente de que tal decisión y su acción consecuente estrecha la relación del sujeto con Cristo e incide en el mundo construyendo el Reino. ¿Qué es lo que otorga tal convicción? El sentir de la consolación que todo lo torna evidente. A través de ella Dios nos dice quién y cómo es, y dónde y cómo quiere estar más en el mundo a través de la decisión. Por la consolación sabemos y sentimos que el mundo “está bien hecho” y que estará todavía mejor a través de la acción fruto de la decisión.

Relación 6. *Del Yo trascendental con el tiempo subjetivo*. El sujeto familiarizado con el discernimiento ha de observar también los tiempos internos propios de los discursos figurados. Antes de pasar a la *acción*, el Yo trascendental observa los efectos emocionales y repercusiones afectivas que un discurso ha provocado en su interioridad. Tal sentir analizado y criticado es un anticipo de la verdad o falsedad de la acción que se dispone a realizar. El tiempo prudente que media entre la consciencia del sentir y la acción hacia la que impele ayuda a identificar la cualidad de tal sentir y advierte así de la conveniencia o no de actuar en el mundo, “pues cada asunto tiene su momento y su método” (Ecle 8, 6). Conviene sospechar abiertamente de aquellos discursos figurados que nacen con vocación de urgencia e impelen al yo repetida y obstinadamente a historizarse sin previa ponderación. El tiempo en paciencia ayuda a percibir la transformación de la emotividad en tal intervalo³². Esta metamorfosis del sentir tiene un doble sentido:

- a) El discurso falso, en su intención de pasar a la acción, provoca primero desde el deleite o falsa consolación [cf. 332²] y si desde ahí no

³¹ Por ejemplo, ir construyendo un sujeto orgulloso y pertinaz a través de discursos figurados que versen sobre la humildad.

³² “El hombre paciente es rico en prudencia” (Prov 14, 29).

*Conviene sospechar
abiertamente de
aquellos discursos
figurados que nacen
con vocación de
urgencia*

logra su objetivo, deriva hacia la inquietud, cierta ansiedad y sequedad (intención depravada [EE 334]). Esta inquietud puede ser interpretada erróneamente por el principiante como “lección de Dios” por no haber actuado previamente y, por tanto, sentirse de nuevo y con mayor intensidad, en la responsabilidad de actuar. Hay que seguir esperando en paciencia [EE 318.321]. El Yo trascendental ha de observar diligentemente en este tiempo tres cosas: primero, el cambio de la cualidad del sentir; segundo, los contenidos de los nuevos discursos figurativos que se ofrecen, que *sin duda* serán ahora más variados, intensos, devotos y urgentes, y que intentan dotar al sujeto de lógicos argumentos difícilmente contrariables; tercero, al yo inmanente en sus tensiones internas (¿qué hacer?) y, en concreto, en las orientaciones y fines de sus deseos [cf. 317⁴ y 318²]³³.

- b) Haber permanecido en medio de la agitación sin historizar la decisión que se le ofrecía como evidente y en ocasiones incluso como indubitable, ante la provocación del falso discurso [cf. EE 34], reorienta de nuevo el sentir hacia la paz y quietud propias de la consolación. Para ir desarrollando un sentido de discernimiento por conaturalidad y de acertadamente espontáneo, el Yo ha de advertir esta nueva metamorfosis del sentir³⁴. Este nuevo sentir es ahora la confirmación del haber procedido en verdad: “más vale paciencia que valentía” (Prov 16, 32): “hice bien no haciendo”.

5. “Plantas, frutos, ganados” [EE 236]. El mundo instancia objetivadora del discernimiento

Por la decisión y la acción, el mundo de las cosas es el puerto de destino de todos mis procesos internos; una vez ahí el mundo provocará a su vez nuevos procesos figurados y, por tanto nuevas mociones y tramas mocionales, y así, en un ciclo sin fin, mientras vivamos en el tiempo. El creyente va hacia el mundo religiosamente motivado por la relación previa intencional con sus discursos figurados. Tales discursos ya han sido ponderados y juzgados por la consolación.

“Hacer” es parte del proceso religioso, de la experiencia espiritual. Es gran error pensar que la “experiencia o la vida espiritual” termina en el

³³ La espera prudente inquieta al falso discurso que busca inquietar el sentir del yo inmanente; por eso la paciencia “es contraria a las vexaciones que le vienen” [321.1], pero hay que aguantar.

³⁴ Para facilitar que “con tal experiencia conocida y notada, se guarde para delante de sus acostumbrados engaños” [EE 334].

análisis de los procesos internos ya vistos y que sólo se vincula a “actividades del espíritu” como orar, examinar, ponderar, meditar, contemplar... Al contrario, actuar así es verterse religiosamente al mundo³⁵. El Yo trascendental ha de velar con fidelidad diligente para que el hacer sea la resultante de todo el proceso interno previo y la acción sea así vida religiosa: La relación con el mundo a través de la acción es parte irrenunciable de esta dinámica mística.

Los dos discursos figurados (verdaderos y falsos) interpretan e informan el mundo en mí a su manera: uno, propio de la consolación, lo *optimiza* y ayuda al sujeto a realizar lecturas correctas (religiosas) de los procesos mundanos: el mundo siendo *tal* es criatura, “cosa celestial” [EE 316], dando el máximo de sí. El otro, propio de la desolación, lo *pesimiza* y ofrece interpretaciones del mundo muy distantes de lo que en verdad es: separado de su Criador, objeto de apropiación y esclavitud, cosa “baja y terrena” [317]³⁶.

La verdad de la experiencia viene confirmada por el nuevo percibir el mundo y por el vínculo que con él se establece: “cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas” [EE 316²]. El orden interno que por la consolación voy experimentando es de orden cósmico, esto es, de integración y pasiva asunción (ser asumido) en el orden divino del mundo. La experiencia religiosa es verdad si me vincula con el mundo: ¿amo más este mundo?

Así, el discernimiento es una vía de purificación de ver, estar y actuar en el mundo. Si Dios por los discursos figurados veraces va configurando la interioridad, haciéndola religiosa por la consolación y si por la consolación actuamos en el mundo contribuyendo a hacerlo, si cabe, más religioso, lo normal sería que los discursos figurados del mundo y el mundo en cuanto tal fuesen cada vez más y más semejantes: estar en mí, en mi interioridad es también estar en el mundo. Una teología de la misión no puede prescindir de este fundamento místico. Estos tres vértices (Mundo, Dios y yo), tres realidades tan distintas y distantes para el principiante, van difuminando sus contornos hasta llegar a un único y reverente centro de energía, en el que la preocupación por el número, la distancia y la distinción empieza a perder sentido: “a Él en todas amando y a todas en Él” [Co 288] porque “El lo es todo” (Eclo 43, 27).

³⁵ “La discreción modera además todas las acciones porque sin discreción incluso el bien se convierte en mal” (ARZUBIALDE, S., Voz “Discretio” en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* I (Grupo de Espiritualidad Ignaciana ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 623-636, 628. Todo el artículo es una muy completa síntesis de la tradición que Ignacio de Loyola recibe acerca de la *discretio*.

³⁶ Ilustrativa la experiencia de P. FABRO, *Memorial* [156-157].

6. Conclusión

Dios es un buscador incondicional y estructural del ser humano; Él vive en una eterna contemplación “para alcanzar al hombre”, con quien comparte la herida de la nostalgia. Él nos capacitó para autocriticarnos religiosamente, para poder también buscarle verazmente y hallarle. La primera instancia objetivadora, iluminadora del proceso espiritual de búsqueda de todo creyente reside en él mismo. Si no estamos más cerca de Dios en nosotros mismos es porque nosotros estamos fuera de nosotros mismos³⁷.

Ir siendo objetivado por la gracia es ir entrando en un proceso dinámico de redefinición abierta de mi propio yo. Asumir que ¿mi? interioridad y subjetividad son menos mías y que en ellas hay cada vez menos “yo”, si bien es verdad, que cuanto menos espacio místico dispongo para mí en (¿mi?) interior más plenamente me reconozco como ser, siendo yo, y más diáfamente se me da a sentir la densidad de mi existencia.

Un sujeto acostumbrado al discernimiento va constatando que los discursos figurados que pasan por su interioridad están más espontáneamente vinculados “a las cosas del Padre”³⁸. La familiaridad con los discursos figurados de Dios, con su irrenunciable componente de consolación, van desvelando el rostro de Cristo en el Yo trascendental y favoreciendo, por tanto, la cristianización de todos los procesos que “descienden” de él. Nos hacemos pobres.

Yo inmanente y yo figurado van siendo asimilados en el pobre proceder del Yo trascendental, retirado y despojado. Discernir empieza a significar, paradójicamente, ausencia de moción. Dios, Reposo absoluto y Silencio inefable, fundamento callado del Yo, construye un hombre esencial. Una vez ahí, *sólo ahí*, podemos liberarnos de la escala de 22 peldaños del método ignaciano para vivir más allá de todo discurso figurado y toda trama mocional, en la absoluta indiferencia.

*Dios es un buscador
incondicional y
estructural del ser
humano; comparte con
él la herida de la
nostalgia*

³⁷ Cf. MARTÍN VELASCO, J., “Búscame en ti – Búscate en mí”. Descubrimiento del hombre y descubrimiento de Dios en Santa Teresa”, *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid 1995, 119-148.

³⁸ Ilustrativo el caso de Ignacio y su autopercepción ante la muerte en tres ocasiones diferentes: una primera marcada por el sentimiento de pecado, urgido de penitencia y arrepentimiento [Au 32]; una segunda atravesada por el sentimiento frustrante de omisión [Au 33] y, una tercera en la que pensar en la muerte era causa de “tanta alegría y tanta consolación” [Au 33]. El proceso de autoobjetivación es dinámico: hay una autopercepción muy distinta ante el mismo y último misterio, el de la muerte, y ante el mismo Dios.